

La Gracia, el pecado y la salvación. IFC 31



I. EN ÉL TENEMOS EL PERDÓN DE LOS PECADOS (Ef. 1,7)

1. Introducción
2. Dos parábolas
3. La gracia santificante
4. La "justificación" como perdón de los pecados
5. Trento y Lutero
6. La objeción: peca fuerte y cree más fuertemente y te salvarás.

II. LA VIDA DEL HOMBRE JUSTIFICADO

1. La inhabitación trinitaria: la gracia increada:
 - templos del Espíritu Santo (1 Cor. 6,19)
 - hijos del Padre (Gál. 4,68; Rom. 8,1516)
 - miembros del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12,1231a)
 - la fraternidad: dimensión social de nuestra incorporación a Cristo
2. El hombre en Cristo: la nueva creatura
3. La experiencia de la gracia
4. El crecimiento de la gracia, los méritos y el premio
5. La vida en la fe, la esperanza y la caridad
6. Caridad, historia y escatología.

1. EN EL TENEMOS EL PERDÓN DE LOS PECADOS (Ef. 1,7)

1. Introducción

El hombre es creatura de Dios, llamado desde siempre a la amistad con El y, como creatura llamada a la amistad con Dios, ha de referir a Dios toda su existencia y toda la realidad. La situación del hombre en este mundo se ha visto afectada por el pecado. Antes de que cada hombre tome decisiones libres su existencia está ya influida por el pecado de los hombres anteriores; nos vemos afectados por el pecado ya desde el momento mismo de nuestro nacimiento. Por otra parte, esa situación, la de hallarnos afectados negativamente por el pecado, a lo largo de la vida, los hombres, quien más y quien menos, la vamos ratificando, y la apoyamos con nuestras actuaciones y con nuestras decisiones.

Dedicaremos estas dos charlas a la gracia. A buen seguro que "la gracia santificante" es un concepto que los más viejos del lugar recuerdan de sus años jóvenes. Sin embargo, creo que estarán de acuerdo conmigo en que tal concepto no está demasiado presente hoy en la

predicación, en la homilías, en el discurso habitual en la vida de la Iglesia. No ocurre lo mismo en la Teología, donde la gracia no sólo está presente sino que es ciertamente un concepto central. Es, por decirlo así, el mismo evangelio.

¿Por qué está tan ausente de la predicación y de la vida pastoral de la Iglesia?. Creo que para evitar malentendidos. La impresión que tengo es que el que predica, el que habla de lo de Dios, el que realiza una acción pastoral, el que colabora en un grupo de cristianos tiende a evitar el término gracia porque es una palabra que con frecuencia conduce a malentendidos dado el mundo de representaciones que dicho concepto evoca en la gente. Quizá por eso el concepto no está muy presente en el discurso evangelizador, aunque evidentemente la realidad que ese concepto expresa si lo está. Si no lo estuviera nos habríamos olvidado del mismo evangelio.

Este tema de la gracia en los planes de estudio de las Facultades de Teología suele estar dentro de un curso de antropología teológica. O sea, que estamos hablando del hombre. Lo que significa que en la concepción cristiana del hombre éste es, antes que cualquier otra cosa, un ser agraciado por Dios con su amistad y agradecido a Dios de haber sido agraciado. Es lo que vamos a decir a continuación. Así intentaremos sacar a la luz lo que se esconde tras la palabra gracia. No vamos a evitar el concepto, sino que vamos a intentar explicarlo sin que haya lugar a malentendidos.

2. Dos parábolas

Voy a comenzar recordando dos parábolas del evangelio que todo el mundo recuerda sin duda alguna. La primera la tenemos en Mateo 20, 1-15 y es la parábola de los trabajadores enviados a la viña. La segunda está en Lucas 18, 9-14 y es la parábola del fariseo y del publicano. Dos parábolas de la gracia.

La parábola de los trabajadores enviados a la viña comienza diciendo: "El reino de los cielos se parece a..." El "Reino de los Cielos" es Dios. Por tanto, vamos a traducir un poco más el comienzo de la parábola: "Dios cuando actúa se parece a un señor que tiene una viña"..., y va contratando trabajadores para su viña, a primera hora de la mañana, a media mañana, a mediodía, a última hora de la tarde. El salario, un denario, sólo lo ha ajustado con los trabajadores contratados a primera hora de la mañana. A los demás promete pagarles lo que sea justo. El dueño de la viña al final del día da a cada trabajador el mismo salario, un denario; también a los que sólo han trabajado una hora.

Yo creo que sólo entendemos bien esta parábola cuando nos sentimos escandalizados por la actuación de Dios, representado aquí en el dueño de la viña. Solamente ha captado el mensaje de la parábola quien deja salir desde el fondo del corazón un ¡no hay derecho! al ver la "injusticia" de que se pague lo mismo al que ha estado un rato de la tarde trabajando en la viña que a quien ha ido desde el alba y ha soportado el peso del día y del calor del sol.

Y después de haber dejado salir de nuestro corazón ese grito de "¡no hay derecho!, ¡Dios no es justo!", podemos dar el paso siguiente, que es caer en la cuenta de que Dios nos regala a todos con su denario, independientemente de lo que hayamos trabajado. Entonces estamos empezando a entender cuál es la actuación de Dios con los hombres. En esto de las relaciones con Dios, uno no se merece el sueldo que se cobra. El propietario de la viña responde al trabajador que protesta: "te pago porque soy bueno"... (v. 15). En resumen, Dios nos pide la disposición de ir a trabajar a la viña, nos pide la buena intención, no importa tanto lo que en la viña se hace. Luego, nos regala el salario, que nuestro trabajo no ha merecido.

La otra parábola es la del fariseo y del publicano, que encontramos en el evangelio de Lucas (18,9-14). El fariseo, de pie, erguido ante Dios, le da gracias por lo que es: "gracias re doy, Dios mío, porque no soy como el resto de los hombres, ladrones, injustos, adúlteros... ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que poseo". Mientras que el publicano, ya lo entendamos como el cobrador de impuestos al servicio de Roma o como el taquillero que cobra la entrada y los servicios en una casa de prostitución, colocado lejos, sin levantar los ojos al cielo sólo puede musitar que es un pobre pecador.

Jesús nos dice que es el publicano, y no el fariseo, quien salió justificado; es decir, quien salió amigo de Dios. De nuevo sólo entenderemos la parábola si dejamos brotar de nuestro interior otra vez ese "no hay derecho". El fariseo es el que ha cumplido los mandamientos, el que ha actuado de acuerdo con lo mandado. Hasta ayuna y da limosna. Y además da gracias a Dios. No es interpretación correcta de la parábola pretender que al fariseo le faltaba una virtud, la virtud de la humildad, que era la única que tenía el publicano. No es una parábola dicha para alabar la humildad como una virtud entre otras. La parábola apunta a enseñarnos cuál ha de ser la forma en que uno se coloca ante Dios. Si el fariseo después de sus limosnas y sus ayunos hubiera dicho "soy un siervo inútil y sin provecho" (Lc 17,10), es decir, no he hecho nada que merezca la pena, porque he hecho lo que tenía que hacer, hubiera salido justificado ante Dios.

¿Qué quiero decir con esto? Que el hombre religioso puede adoptar ante Dios dos posturas, una postura es la farisea y otra es la cristiana. Y que conste que cuando digo fariseo, lo digo en un sentido muy positivo. No utilizo la palabra fariseo de forma peyorativa. Para mí el sentido negativo de lo fariseo está en "farisaico". Fariseo es el hombre religioso que cree que con su actuación alcanza la amistad con Dios y que si actúa bien, Dios le quiere más. Por eso se esfuerza en actuar bien, en cumplir los mandamientos, hacer obras de caridad, dar limosnas, etc. Al final pasa la factura a Dios de lo que ha hecho y le dice: Puesto que he actuado tan bien me tienes que premiar. La postura farisaica es la de aquel que además de no actuar bien, encima pretende aparentar que sí lo ha hecho.

Pues bien la actitud cristiana no es una actitud farisea. El cristiano está encantado de que al final de la jornada le regalen el denario, sabiendo que ha trabajado poco. Y sabe que ha trabajado poco aunque haya ido a primera hora de la mañana. El cristiano es quien, al acercarse al templo, siempre dice "ten piedad de mi Señor, porque soy un hombre pecador y no merezco tu amor, pero lo tengo". Claro que para eso el cristiano ha de andar convirtiéndose continuamente de fariseo en verdadero cristiano.

3. La gracia santificante

Ya casi está dicho lo fundamental sobre la gracia. Vamos, sin embargo, a analizar la semántica del concepto en castellano. Gracia se relaciona etimológicamente en castellano con estas cuatro palabras: *gratis*, *agraciado*, *grato* y *agradecido*. La gracia es algo que Dios nos da "gratis". Gratis quiere decir, sin merecerlo, sin que nos lo de contra la entrega de un recibo o de una factura,. Gratis es lo que se da porque sí.

Gracia se relaciona también con "agraciado". Cuando nosotros decimos "la agraciada señorita" aunque suene un poco cursi, estamos dando a entender que una determinada persona tiene una serie de cualidades que nos la hacen grata. El haber recibido la gracia de Dios nos convierte en agraciados, porque transforma lo que somos. Y el ser agraciados nos hace "gratos" a Dios. Es decir, agradables a Dios. Las personas nos son a veces gratas y otras veces no. A un embajador se le puede declarar persona "non grata" con lo que se pone fin a su representación. Cuando el hombre recibe la gracia de Dios se convierte en grato

ante Dios. Es agradable a Dios. Dicho de otra manera, Dios le ha hecho amigo suyo y agradable a si mismo.

Y, por fin, gracia tiene que ver etimológicamente también con "agradecido". Lo que se da gratis produce en quien lo recibe agradecimiento. La persona que ha recibido la gracia de Dios ha de mostrarse agradecido. Tal como dice el refrán castellano, "es de bien nacidos ser agradecidos". Lo que se da gratis, lo que se regala, pide respuesta.

Entonces ¿qué es la gracia santificante?. Es un regalo de Dios que nos transforma, haciéndonos agradables a El, es decir "santos", por eso se llama santificante, y que exige de nuestra parte una respuesta, una correspondencia al regalo.

¿Esa gracia qué cosa es? La gracia no es ninguna cosa, sino Dios mismo. No es que Dios nos regale algo sino que se nos da a Sí mismo. La gracia santificante es Dios mismo que se nos regala a nosotros, gratis, sin que hayamos hecho nada para merecerlo, sin que podamos reclamar tampoco ese regalo, y que nos transforma en agradables a El.

4. La "justificación" como perdón de los pecados

La transformación que la gracia opera en nosotros tiene dos caras. Por una parte, la gracia nos da el perdón de los pecados. La gracia nos perdona. Dios, al darnos su gracia, nos perdona gratis. Utilizando el término clásico y famoso, ya desde 5. Pablo, pero, sobre todo, desde la reforma protestante podemos decir que Dios nos justifica, nos hace justos. Es decir, que nos perdona los pecados. Esta es una cara; si se quiere, el envés de la gracia. El haz es que la gracia nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesús, nos da la vida de Dios.

El tema de la gracia no es un tema teológico junto a otros, sino que es el centro mismo del evangelio. El evangelio es la buena noticia de que Dios nos perdona los pecados gratis, de que gratis nos convierte en sus hijos y de que como hijos de Dios somos, también gratis, herederos con Cristo.

En el Nuevo Testamento es precisamente Pablo el teólogo de la gracia. El concepto de gracia y el desarrollo de esta teología lo encontramos en las cartas de Pablo. Los evangelistas y los otros escritores del Nuevo Testamento lo dicen de otra forma. Probablemente no es distinto lo que Pablo llama "gracia" en sus cartas de lo que Juan llama "vida" en su evangelio. Vamos a leer un pasaje de la Carta de Pablo a los Romanos (5,12-21), que es uno de los textos clásicos sobre la gracia. Lo copio en una traducción literal y marcando las recurrencias del texto:

5:12 Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

5:13 Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado.

5:14 No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.

5:15 Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo.

5:16 Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación.

5:17 Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

5:18 Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.

5:19 Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

5:20 Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia;

5:21 para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

Aquí Pablo compara la obra del primer Adán con la del segundo Adán, o sea Cristo. Pablo hace hincapié en la solidaridad de toda la humanidad tanto en lo malo, el pecado de Adán, como en lo bueno, la gracia de Cristo. He subrayado en negrita la contraposición que hace Pablo entre un sólo hombre y todos los hombres o "los muchos". Los muchos significa la humanidad. Pablo juega con el paralelismo existente entre la ruptura de la amistad con Dios que tiene lugar en Adán y la recuperación de la amistad con Dios por parte de toda la humanidad que tiene lugar en Cristo. Pero en el centro, (vv. 15-16), Pablo rompe también ese paralelismo porque el regalo no fue como la caída. No fue el don de la justicia como el pecado, porque las caídas se iniciaron en Adán y las hemos multiplicado todas, mientras que la justicia de uno sólo, Jesucristo, se ha desbordado sobre "los muchos", sobre toda la humanidad.

Un aspecto más es preciso subrayar. Todo eso ha sido un regalo: (vv. 15-16).

Hasta aquí hemos puesto de relieve que todo esto nos lo concede Dios gratis. La pregunta en este momento es: ¿cómo lo alcanzamos?, ¿cómo lo recibimos de Dios?, ¿qué es lo que nosotros tenemos que hacer?. De nuevo podemos hallar la respuesta en Pablo. En la carta a los Romanos (5,12) por citar un texto entre los muchos de Pablo que se podrían aducir Pablo nos dice que ese don, ese regalo lo recibimos por la fe y sólo por la fe: "Justificados por la fe, estamos en paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido, gracias a la fe, el acceso a esta gracia en la que nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios".

Así, pues, nos hacemos amigos de Dios, somos agraciados con su gracia, solamente gracias a la fe. El único camino para alcanzar la amistad con Dios, o mejor dicho, para recibir al amistad de Dios, que El nos ofrece gratis, es la fe.

Santo Tomás de Aquino. y con él la teología escolástica, distinguía entre "la fe con la que creemos" y "la fe que creemos" respectivamente. La fe que creemos es el conjunto de verdades de nuestra fe. Es el credo. No es el conjunto de verdades, sino mi relación con Dios. Sólo podemos creer a las personas. Cuando decimos "yo creo en ti", establecemos una relación de confianza con esa persona, de aceptación. En el caso de Dios, esta confianza es la aceptación de su regalo, que es El mismo, nos abrimos a El. Esta es la actitud del publicano de la parábola de Lucas, o en el caso de la parábola de los jornaleros, el hecho de ir a trabajar a la viña. El abrir nuestro corazón a dejar que Dios se apodere de nosotros y actúe en nosotros. Lo contrario de la fe es la "jactancia". Así es como lo llama Pablo en sus cartas. Jactarse ante Dios de la propia actuación. La fe es reconocerse "siervo inútil y sin provecho". La fe es reconocernos como somos, que nos falta tanto y siempre nos faltará tanto para ser dignos hijos del amor de Dios. Y en ese reconocimiento está dado gratis el perdón de los pecados y nuestra salvación.

En esto consistió estrictamente la conversión de Pablo. A veces tenemos la impresión que convertirse es pasar de ser socio del Real Madrid a ser socio del Barcelona. Pablo antes era judío y ahora es cristiano. Y no se sabe muy bien en qué consiste la conversión. ¿Quién era Pablo antes y quién era Pablo después de la conversión.. No hay más que una diferencia

entre el antes y el después de Pablo. Es precisamente esto. Pablo antes de la conversión creía merecer a Dios y trabajaba para merecerlo. Después de la conversión Pablo sabe que a Dios no le merece y que a Dios lo tiene absolutamente gratis, sin merecerlo, porque Dios se nos ha regalado en la vida y misterio de Jesús de Nazaret.

Mientras Pablo vive no existe todavía la iglesia cristiana como cosa distinta del judaísmo. Son los momentos fundacionales y el cristianismo es una secta del judaísmo. Ahora bien, es una secta con una peculiaridad tan importante que en unos pocos años será una religión distinta del judaísmo. Esa peculiaridad es que a Dios no lo merecemos, sino que se nos ha regalado en Cristo. Pablo probablemente era apóstol antes de la conversión, pero apóstol del judaísmo, es decir, que era un predicador ambulante del judaísmo (Gál. 5,11). Iba de un sitio para otro predicando que hay que ser buenos para merecer el amor de Dios. En su conversión cayó en la cuenta de que todo su esfuerzo apostólico había estado mal orientado. Más que derribado del caballo, en el libro de los Hechos no se habla de ningún caballo en el camino de Damasco Pablo "se cayó del burro". Es decir, cayó en la cuenta de que a Dios no se le merece, vio claro que, hagas lo que hagas, no consigues la amistad con Dios porque no la puedes conseguir. ¿Significa eso que el hombre está abocado a la desesperación?. No. Significa sencillamente que Dios te ha regalado con su amistad aunque no hagas nada, con tal de que aceptes esa amistad, es decir te acojas a su bondad. Leamos un texto autobiográfico de Pablo en la carta a los Filipenses (3, 4-10):

"Yo tengo razones para confiar incluso en la carne; si algún otro cree que puede confiar en la carne, ¡yo más! Circuncidado a los ocho días de nacer; del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos; respecto a la ley, fariseo; respecto a fervor, perseguidor de la Iglesia; respecto a la exactitud en observar la ley, intachable. Pero lo que para mí eran ganancias, las he juzgado una pérdida a causa de Cristo; y más aún, juzgo que todo es una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo y existir en El, sin poseer una justicia mía, la que viene del cumplimiento de la ley, sino la que viene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe..."

Tres puntos quiero hacer notar en este pasaje. Pablo, antes de su conversión es un fariseo, intachable en el cumplimiento de la ley. Tras su conversión considera que todo su esfuerzo por merecer ante Dios, todos sus merecimientos son basura, en comparación con el hecho de acogerse al amor de Dios que nos otorga gratuitamente su amistad y con ella la justificación de los pecados. Por fin, ese don nos es otorgado en el conocimiento de Cristo.

5. Trento y Lutero

Probablemente a estas alturas de la charla todo el mundo tiene en la mente dos grandes objeciones a lo que estoy diciendo. Supongo que esas objeciones son las siguientes: Primera, ¿esto no es lo que en el colegio me enseñaron que decía Lutero?. Siempre nos han enseñado que ésta es la doctrina de los protestantes. Segunda objeción: si esto es así, aquí paz y después gloria. No hay ningún motivo ni ninguna razón para esforzarme en la vida cristiana. En el fondo, toda la predicación que oímos los domingos en las homilias, que, dicho sea de paso, es desgraciadamente moralizante en exceso, porque ¡qué poco se nos predica la buena noticia de que Dios nos quiere y cuánto se nos predica lo que tenemos que hacer nosotros! , resulta, digo, que no sabemos para qué lo predicán. Porque si la amistad con Dios se nos da gratis y además nunca la merecemos...

Es verdad que lo dicho hasta aquí lo dice Lutero. Pero lo dice también el concilio de Trento y también Sto. Tomás de Aquino. En su comentario a la primera carta a Timoteo, (1,8), dice

Sto. Tomás: "Así pues, no está en ellas (en las obras) la esperanza de la justificación, sino únicamente en la fe". En el comentario a la carta a los Romanos (3,22) el mismo Sto. Tomás escribe: "Hay que decir que la justificación viene de Dios por la fe en Jesucristo, no en el sentido de que nosotros merezcamos por la fe ser justificados, sino en el sentido de que en este acontecimiento de la justificación en el que somos justificados por Dios, nuestro primer movimiento de la mente hacia Dios acontece por la fe". O sea, que Sto. Tomás de Aquino además de decirnos que la justificación se obtiene sólo por la fe, nos pone en guardia por si alguien entiende la fe como una obra, incluso como una obra especialmente relevante. Como si la fe fuera la única obra que nos mereciera la justificación. Para Sto. Tomás de Aquino la misma fe es gracia de Dios, es regalo de Dios. No es que la fe nos merezca la amistad con Dios, sino que la misma fe es haber empezado a recibir la amistad con Dios.

El decreto sobre la justificación del Concilio de Trento es un texto largo y precioso, recocado hoy como una de las piezas más logradas y equilibradas del concilio, redactado probablemente por el Cardenal Cervini, que luego fue papa con el nombre de Marcelo II.

Voy a leer solamente los cánones primero y segundo del decreto sobre la justificación. El primero dice: "Si alguno dijere que el hombre puede justificarse delante de Dios por sus obras que se realizan por las fuerzas de la naturaleza humana o por la doctrina de la ley, sin la gracia divina por Cristo Jesús, sea anatema" (DS 1551). Y el segundo: "Si alguno dijere que la gracia divina se da por medio de Cristo Jesús sólo a fin de que el hombre pueda más fácilmente vivir justamente y merecer la vida eterna, como si una y otra cosa las pudiera por medio del libre albedrío, sin la gracia, si bien con trabajo y dificultad, sea anatema" (DS 1552).

Entonces ¿dónde está la diferencia entre Lutero y el concilio de Trento? ¿O es que fue todo un gran malentendido? Es verdad que hubo, en cierta medida, malentendidos entre una y otra parte y muchas complicaciones de tipo político y eclesial. Cuando el concilio de Trento se abrió ya era demasiado tarde para una reconciliación y para buscar los puntos de convergencia. Sin embargo creo que hay una diferencia importante entre Lutero y la doctrina católica. Esa diferencia fundamental, pasando por alto, quizá, algunos matices, está en lo siguiente.

Para la teología católica el recibir la gracia de Dios nos transforma, nos hace distintos, nos hace mejores. Mientras que para Lutero no es así. Lutero es un pesimista. Lutero considera al hombre "simulustus et peccator". O sea, al mismo tiempo justo y pecador. Quiere decir, que el hombre es pecador de por sí, y que la gracia de Dios no le convierte en bueno realmente. Sólo hace que Dios le vea como si fuera justo. En el "como si fuera justo" está el centro de la cuestión. Mientras que para la fe católica el hombre es transformado gratuitamente por Dios. Para Lutero el hombre ha sido corrompido de tal manera por el pecado original que no puede obrar el bien. Al revés, todo lo que el hombre hace es malo. El hombre no es libre para obrar el bien, sino que cuando el hombre actúa con su libertad obra necesariamente el mal.

Vamos a leer una de las tesis de Lutero escritas para la controversia de Heidelberg (1518). En la tesis 13 dice Lutero: "El libre albedrío, después de la caída, no es más que un simple nombre, y peca mortalmente en tanto en cuanto hace lo que de él depende"(2) Para Lutero toda actuación humana es pecado y no hay ninguna actuación humana que no lo sea. Porque para él la gracia de Dios consiste en que Dios no ve nuestro pecado, pero no consiste en que de verdad nuestro pecado deje de existir porque seamos transformados. De tal manera que de las palabras con las que antes he desarrollado el concepto de gracia santificante: gratis, agraciado, grato y agradecido, podemos decir que Lutero se queda solamente con la

primera: gratis. No somos agradados, en el sentido de que la gracia de Dios no nos transforma. Y gratos tampoco lo somos en realidad. Dios hace "como si" lo fuéramos.

Podríamos leer muchos textos de Lutero. En los famosos "artículos de Schmalkalda", que Lutero escribió como guión para los teólogos protestantes que iban a ir al concilio de Trento, encontramos la misma idea. De hecho, no hubo teólogos protestantes que acudieran al concilio, de manera que tales artículos no se discutieron. Pues bien, en ellos se dice, entre otras cosas: "No es más que error y ceguera lo que los escolásticos han enseñado acerca de este artículo. Es decir: 1. Que después de la caída de Adán las facultades naturales del hombre quedaron íntegras e incorruptas, y que el hombre, por naturaleza, goza de recta razón y de una voluntad buena, como enseñan los filósofos. 2. ítem: que el hombre goza de libre albedrío para hacer el bien y abstenerse de hacer el mal y, viceversa, para abstenerse del bien y obrar el mal".

Erasmus escribió un libro titulado "De libero arbitrio", contra Lutero. Es decir, "La libertad libre". Y Lutero contestó a Erasmus con su libro "De servo arbitrio", es decir "La libertad esclava" al tiempo que confesaba que Erasmus era el único que verdaderamente le había entendido. Mientras que los teólogos escolásticos que criticaban su postura con las indulgencias o en otros problemas no estaban respondiendo a lo verdaderamente nuclear en la mente de Lutero. Lutero concluye su "De servo arbitrio" diciendo:

"Si aceptamos que Dios lo sabe y lo ordena todo de antemano, y que su saber y sus decisiones no pueden errar ni ser impedidas; si aceptamos además que no ocurre nada, sino porque Dios lo quiere, (cosa que la misma razón nos obliga a reconocer), entonces la misma razón humana es testigo de que no puede haber libertad ni en el hombre ni en el ángel ni en ninguna otra creatura. Si creemos además que Satán es el Príncipe de este mundo, que lucha constantemente contra el Reino de Cristo y se opone con todas sus fuerzas a que los hombres salgan de la cautividad, (a menos que el Espíritu de Dios le fuerce a lo contrario), entonces se vuelve evidente que no puede haber libertad. Finalmente, si creemos en el pecado original por el que nos hemos perdido... entonces no queda sino decir, que en el espíritu humano no hay nada que pueda tender hacia el bien, sino sólo hacia el mal.

Muchos de ustedes conocerán, sin duda, el libro "El miedo a la libertad" Eric Fromm. Es un estudio psicológico del protestantismo y del propio Lutero. El título es bien significativo. Lo que hay en Lutero es miedo a la libertad. Para Lutero el hombre no es libre y el hombre no puede ser transformado por la gracia de Dios.

Hay quizá otro aspecto importante de la controversia entre Lutero y Trento, en torno a la justificación y es que para Lutero la fe es probablemente una fe "fiducial", es decir, la mera confianza en que Dios nos salvará. No es la apertura real de nuestro corazón y de nuestro ser a la salvación de Dios.

En resumen. La gracia de Dios, la amistad con Dios y en consecuencia la salvación es algo que nosotros recibimos en la fe gratis. No porque lo merezcamos. Esto es así para Lutero y para nosotros. La diferencia está en que para la teología católica el hombre que recibe la gracia puede actuar bien y puede hacer el bien. Para Lutero el hombre no es transformado. Para él la naturaleza humana ha sido corrompida por el pecado original de tal manera que el hombre no puede ya obrar el bien. Todo lo que hace es malo. No obstante, Dios le salva gratis "como si" de verdad hubiera sido transformado.

II. LA VIDA DEL HOMBRE JUSTIFICADO

1. La inhabitación trinitaria: la gracia increada:

- **templos del Espíritu Santo (1 Cor. 6,19)**
- **hijos del Padre (Gál. 4,68; Rom. 8,1516)**
- **miembros del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12,1231a)**
- **la fraternidad: dimensión social de nuestra incorporación a Cristo**

2. El hombre en Cristo: la nueva creatura

3. La experiencia de la gracia

II. LA VIDA DEL HOMBRE JUSTIFICADO

1. La inhabitación trinitaria: la gracia increada

Vamos a dedicar esta segunda charla a la vida del hombre justificado y por tanto transformado. El concilio de Trento enseña que el hombre no sólo recibe el perdón de los pecados, sino que es santificado. Nosotros, santificados por Dios, hemos sido hechos santos. En esto consiste la santidad, en la amistad con Dios que se recibe gratuitamente. Hemos dicho antes que la gracia es Dios mismo. Por eso podemos hablar de la gracia increada. Es decir, Dios mismo que se nos da como gracia. La gracia no es, por supuesto, una cosa ni, primariamente, una cualidad que Dios nos da, ni siquiera la transformación que se opera en nosotros. La gracia es Dios mismo que se comunica a nosotros. La gracia es la relación de amistad que tengo con Dios, o mejor dicho, que tiene Dios conmigo y que yo acojo. El pecado es lo contrario, es la situación de ruptura, de enemistad con Dios, que ocurre siempre por parte mía. Porque Dios nunca rompe su amistad conmigo. Dice el profeta Isaías (49,15): "¿Puede una mujer olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, Yo no te olvidaría"

Templos del Espíritu Santo

Esta amistad de Dios, este Dios comunicado a mi mismo es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios que se derrama en nuestros corazones. Por eso, una posible definición del hombre cristiano es que somos "templos del Espíritu Santo". Templo es el lugar donde habita la divinidad. Templo del Espíritu Santo quiere decir que mi propio ser, mi vida, mi existencia, es el lugar donde el Espíritu Santo habita. El Espíritu Santo es el don del Resucitado. En todas las apariciones del Señor Resucitado se repetía "recibid el Espíritu Santo". En el evangelio de Juan, en el momento de su muerte, Jesús exhala su Espíritu. Esto no quiere decir tanto que Jesús entregue su alma a Dios al morir, como que al morir nos entrega el Espíritu Santo a nosotros.

Hijos del Padre

Este Espíritu Santo que vive en nosotros, nos transforma en hijos de Dios Padre. Esto lo dice Pablo dos veces, en la cartas a los gálatas (4,6-8) y a los romanos (8,16). Leo el texto de gálatas: "Como prueba de que sois hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo para que grite '¡Abbá, Padre!'. De manera que ya no eres esclavo sino hijo y si eres hijo también heredero por la gracia de Dios".

Es preciso entender el término hijo de Dios en una doble dimensión. Todos los hombres somos hijos de Dios en cuanto hemos sido creados por El y en cuanto estamos llamados por El a participar de su propia vida divina. El hijo tiene la misma vida que el padre. Los padres

comunican a sus hijos su propia vida. Los hombres estamos llamados a vivir la propia vida de Dios. Pero hijos de Dios plenamente son quienes, gracias a la fe, han recibido de Dios su vida divina. Todos los hombres somos hijos de Dios. Pero ese ser hijos de Dios lo realizamos plenamente en la medida en que el Espíritu Santo viene a nuestro corazón, en la medida en que el Espíritu Santo desde nosotros llama a Dios llamándole Padre.

Es lo mismo que decíamos el año pasado en La Coruña sobre el hombre como imagen de Dios. El hombre ha sido creado a imagen de Dios, es ya imagen de Dios, pero tiene que realizarse como imagen de Dios. Los Santos Padres, en la exégesis de Gén 1,26, distinguían entre el hombre ya creado a imagen de Dios y la semejanza de Dios, que el hombre ha de realizar en su existencia. Somos ya imagen de Dios, porque así hemos sido creados, pero hemos de dejar al Espíritu de Dios transformar esa imagen en una imagen semejante. Porque podemos ser una imagen de Dios mala, que se parezca poco, no semejante sino desemejante. Todos los hombres somos hijos de Dios pero somos más o menos hijos de Dios, más plenamente hijos de Dios en la medida en que el Espíritu Santo actúa en nosotros y vive en nosotros.

Miembros del cuerpo de Cristo

Hijos de Dios, templos del Espíritu, hermanos de Cristo, o si lo prefieren miembros del Cuerpo de Cristo. Es otra imagen, desarrollada por Pablo en la primera carta a los corintios (1 Cor. 12,12-31). El Espíritu Santo nos hace miembros del Cuerpo de Cristo. En potencia, toda la humanidad somos miembros de ese cuerpo del cual Cristo es la cabeza. Ahora bien, el Espíritu Santo, dentro de nosotros nos va convirtiendo en miembros vivos de ese cuerpo de Cristo: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros tomados individualmente" (1 Cor. 12,27).

Esta es la participación en la vida trinitaria. Nuestra relación con las personas de la Trinidad es distinta, según las personas son distintas. Somos hijos del Padre, hermanos menores de Jesús o miembros de su Cuerpo, templos del Espíritu Santo. En el fondo todo esto son metáforas, formas de expresión, para que podamos hablar y comprender la realidad de la vida trinitaria comunicada a nosotros en Cristo.

La fraternidad: dimensión social de nuestra incorporación a Cristo

Desde el punto de vista cristiano, lo que hemos dicho es lo que más radicalmente constituye al hombre en su ser. Y ello es la realidad de ser hijos de Dios, hermanos de Cristo, miembros de su Cuerpo, templos del Espíritu. En consecuencia toda otra realidad y, por supuesto, todas las otras diferencias entre los hombres no son constitutivas de nada importante. Lo dice Pablo en un texto importante, del que, quizá, los cristianos no hemos sacado todas las consecuencias (Gal. 3,26-28): "Mediante la fe todos sois hijos de Dios en Cristo Jesús; pues los que os bautizasteis en Cristo os vestisteis de Cristo; no existe judío, ni griego, no existe esclavo ni libre, no existe varón y hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús".

Pablo señala aquí las tres grandes diferencias existentes en la sociedad de su tiempo, tal como son percibidas desde la perspectiva judía para negar su relevancia en comparación con la verdadera realidad que constituye a los hombres: la de ser hijos de Dios. Hoy podríamos decir que ser negro o blanco, ser varón o ser mujer, vivir en las naciones opulentas del norte o en el tercer mundo, no son, en el fondo, diferencias significativas, porque lo que define al hombre no es si es varón o mujer, si es blanco o negro, si vive en la opulencia o la miseria, sino su cualidad de haber recibido el Espíritu de Dios que le ha

transformado en hijo del Padre y en hermano de Cristo. Evidentemente esta verdad cristiana no justifica ninguna manipulación ideológica de los débiles y de los pobres. Al contrario, creer que esas diferencias no son últimamente significativas exige hacer realidad que no sean significativas.

Nuestra incorporación a Cristo como miembros de su cuerpo o hermanos suyos nos convierte obviamente en hermanos de todos los hombres. La fraternidad es correlativa a la filiación, al hecho de ser hijos de Dios. Llamar a Dios Padre, cada vez que rezamos el Padre Nuestro, equivale a llamar hermanos a todos los hombres. Ser hijos de Dios y hermanos de todos los hombres son términos correlativos. En Vigo hablamos de la dimensión social de todo lo humano y subrayamos la dimensión social y solidaria o mejor, quizá de insolidaridad del pecado. Es claro que la gracia tiene también su dimensión social. Esa dimensión social es la fraternidad. La gracia nos transforma en hermanos de todos los hombres.

2. El hombre en Cristo: la nueva creatura

El primer punto con que he empezado esta segunda charla se puede resumir con una frase que tiene San Atanasio en su sermón sobre la Encarnación: "Dios se ha hecho hombre para que nosotros nos hagamos divinos". La gracia es, pues, Dios comunicado en nosotros que nos transforma en hijos suyos y hermanos de todos los hombres. Subrayo ahora eso que hemos dicho: la gracia de Dios, el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones nos transforma, hace algo en nosotros. Para los teólogos escolásticos, los más viejos del lugar seguro que lo recuerdan, sobre todo los jesuitas que me escuchan que lo habrán estudiado así, la gracia era una cualidad que Dios colocaba en el hombre y por eso El podía habitar en nuestro espíritu. Desde Ranher la cuestión se ve al revés: Dios viene a nosotros y esa su presencia en nuestra alma es lo que nos transforma. Vamos a explicitar un poco en qué consiste esa transformación. La gracia hace libre nuestra libertad. A lo largo de la historia se ha dado una polémica tremenda en torno a la relación entre gracia y libertad. No me referiré a esa polémica porque me parece que hoy es sólo de interés arqueológico; es decir, que ha perdido todo interés vital.

La cuestión sobre la relación entre gracia y libertad se ha planteado recurrentemente en la historia estos términos: ¿la actuación cristiana, santa, del hombre es un don que Dios concede o es fruto de la libertad humana? Pues bien, el planteamiento es incorrecto si la actuación de Dios en el hombre, es decir, su gracia y las decisiones del hombre personalmente asumidas, o sea, su libertad se ven en oposición o como causas concurrentes en un mismo nivel. Al contrario, el plano de actuación de Dios y el plano de actuación del hombre son planos que no compiten. En este punto estamos en el centro de la fe cristiana, que confiesa a Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre. No podemos pensar que Jesucristo es un hombre imperfecto porque es Dios ni que es un Dios de segunda categoría porque es hombre. Al revés: cuanto más verdaderamente humano, más divino, y cuanto más divino, más radicalmente humano. Por tanto nuestra actuación como hijos de Dios es al cien por cien obra de nuestra libertad y gracia Dios también. Claro que esta afirmación se puede hacer respecto a Cristo con absoluta verdad, porque Cristo no conoció pecado, y respecto a nosotros sólo se puede hacer imperfectamente porque sólo imperfectamente correspondemos a la gracia de Dios.

En La Coruña, el año pasado, hablábamos de que Jesús, por el hecho de no pecar, no era menos humano que nosotros, al faltarle algo que a primera vista nos parece tan radicalmente humano y tan nuestro como el pecado. Si nosotros no estuviéramos afectados por el pecado seríamos enormemente distintos de lo que somos. ¡Hasta tal punto el ser hombre está

marcado por el pecado! Allí refutábamos esa objeción diciendo que precisamente el ser hombre es ser imagen de Dios y en la medida en que Jesús reproduce mejor la imagen de Dios que nosotros es, por ello, hombre más perfecto que nosotros. O sea que el pecado es lo que nos hace ser menos perfectamente hombres.

Algo semejante ocurre con la gracia. En la medida en que nosotros recibimos la gracia, en esa misma medida somos más libres, porque libertad no es la capacidad de elegir entre el mal y el bien, sino que libertad es la capacidad de elegir el bien. Suponer que la libertad consiste en elegir entre lo bueno y lo malo es una corrupción de nuestra percepción de lo que es libertad, producida precisamente por el pecado. Así pues, elegir el mal no es propiamente libertad, sino esclavitud del pecado. Cuanto más gracia, más libertad y cuanto más libertad, más elegimos el bien. Cito a San Agustín: "¿Anulamos la libertad con la gracia? Ni hablar, Sino que más bien la establecemos. Pues lo que hace la gracia es dar salud a la voluntad para amar libremente la justicia.

Si la gracia libera nuestra libertad, la forma de vivir propia del cristiano es lo que, de nuevo con palabras de Pablo, se ha llamado la libertad de los hijos de Dios. Una vez que la gracia ha liberado, está liberando nuestra libertad, somos libres, cada vez más libres. El cristiano no está esclavizado ni mal y ni a la ley: "Ama y haz lo que quieras" fue el resumen de S. Agustín. Pablo en la carta a los gálatas (5,1) dice que "para la libertad os liberó Cristo". Así pues, la libertad de los hijos de Dios, el vivir siendo capaces de elegir el bien, en esto consiste la libertad, es la obra de Cristo. La libertad para el cristiano es un valor absoluto. No un valor al servicio de otro valor de mayor rango, porque la libertad en la concepción cristiana se identifica con el amor. Ser libre es tener a pleno rendimiento la capacidad de amar desinteresadamente. Por eso Pablo añade a continuación (Gál. 5,3): "Haceos esclavos unos de otros por el amor". En el fondo, ser libres para amar a los otros y esclavos de los otros por la caridad es lo mismo. En la tradición mística la gracia es tan importante, de tal manera toca lo nuclear de nuestro ser hombres y de nuestra existencia que con ella nos sobran todas las demás cosas. Aduzco tres testigos de esta experiencia.

Primero, el mismo Pablo cuando en 2 Corintios (12,7-9) se refiere a la espina de Satanás de la que quiere verse libre. Una espina de Satanás sólo puede ser o un defecto o una enfermedad. Pablo se refiere probablemente a una enfermedad, según podemos deducir de otras cartas suyas. Así pues, con toda probabilidad la espina de Satanás es una enfermedad de la cual quiere verse libre. La respuesta del Señor a Pablo ha sido: "Te basta mi gracia. Pues la fuerza se realiza en la debilidad".

San Ignacio de Loyola en la oración que pone al final del libro de los Ejercicios, "Tomad Señor y recibid...", acaba pidiendo "dadme vuestro amor y gracia que esta me basta". Por fin, Santa Teresa de Jesús en la letrilla, "nada te turbe, nada te espante, sólo Dios basta", nos testimonia la misma experiencia. Que la realización del hombre se identifica con la recepción de la gracia de Dios. La realización del hombre es, pues, esta vida divina que nos libera para el amor y la libertad.

3. La experiencia de la gracia

Quizá a alguien le esté viniendo a la mente una cuestión importante. Esto de ser templo del Espíritu Santo, eso de que Dios está en mi corazón... ¿es de algún modo comprobable? ¿podemos tener de ello alguna percepción, alguna experiencia? Si hay corriente eléctrica se puede comprobar. Basta enchufar o dar al interruptor y se enciende la bombilla. Sin embargo, en esto de la gracia, ¿podemos tener alguna percepción? ¿La gracia de Dios comunicada a nuestro corazón es experimentable de alguna manera?.

En este aspecto el pensamiento de Lutero influyó en la teología católica de forma negativa. Lutero mantenía que con tal de confiar en que Dios nos otorgaba la salvación, el hombre ya estaba salvado. Entonces, como yo sé que confío en Dios, es decir, que tengo fe, ya sé que tengo la gracia de Dios, por lo tanto, ya tengo mi salvación segura. Esto lo criticó el concilio de Trento afirmando que nadie podía estar absolutamente seguro de que Dios se le había comunicado. En el pensamiento católico, se unió el tema de la experiencia de la gracia con la certeza de la salvación y por tanto con la sospecha de luteranismo. De ahí se acabó por pensar que la gracia era inexperimentable.

También en este tema ha sido Ranher el que ha dado la vuelta a la cuestión. Se puede experimentar la gracia. Experimentar la gracia es experimentar la presencia de Dios. De alguna manera experimentar a Dios mismo. Pero Dios no es ningún objeto ni la experiencia de Dios es algo del mismo nivel que la experiencia de cualquier realidad creada, aunque tal realidad sea personal. Por tanto la experiencia de la gracia, en cuanto experiencia que tiene algo que ver con Dios y que es la experiencia de Dios en mi corazón, es una experiencia tan peculiar, que es en cierto sentido "inexperimentable". Valga la paradoja. Pero como dijo en alguna ocasión el papa Pablo VI, cuando el hombre se encuentra con Dios, cuando el hombre experimenta a Dios, esa experiencia es inconfundible con cualquiera otra.

Voy a copiar un texto de Ranher sobre la experiencia de la gracia. El texto nos da testimonio no sólo de la mente de teólogo del autor sino, más si cabe, de su corazón de creyente y de cristiano. Creo que este texto resume perfectamente lo que se puede decir sobre la experiencia de la gracia. Como Rahner sugiere, la gracia se experimenta cuando nosotros somos "graciosos". Es decir, cuando nuestras relaciones con los demás y con Dios son relaciones de gratuidad. Son relaciones en las que prima el don, la autodonación, la entrega, el perdón. Es decir, cuando nuestras relaciones con los demás no son relaciones comerciales, que son las que habitualmente tenemos. A lo largo del día la mayor parte de nuestras relaciones son comerciales. Trabajamos y nos pagan. Compramos y vendemos. Hasta desplazarnos en autobús implica una relación comercial. Entonces, lo comercial tiende a llenar nuestra vida y tenemos peligro de que también las relaciones humanas y con Dios las vivamos como relaciones comerciales. Llamo relaciones comerciales a todas aquellas en las que funciona el "te doy para que me des" de una u otra manera. Pues bien, hay experiencia de la gracia cuando nuestras relaciones con Dios y con los demás no son de este tipo.

Dice Ranher:

"¿Nos hemos callado alguna vez, a pesar de las ganas de defendernos, aunque se nos haya tratado injustamente? ¿Hemos perdonado alguna vez, a pesar de no tener por ello ninguna recompensa, y cuando el silencioso perdón era aceptado como evidente? ¿Hemos obedecido alguna vez no por necesidad o porque de no obedecer habiéramos tenido disgustos, sino sólo por esa realidad misteriosa, callada, inefable que llamamos Dios y su voluntad? ¿Hemos hecho algún sacrificio sin agradecimiento ni reconocimiento, hasta sin sentir ninguna satisfacción interior? ¿Hemos estado alguna vez totalmente solos? ¿Nos hemos decidido alguna vez sólo por el dictado más íntimo de nuestra conciencia, cuando no se lo podemos decir ni aclarar a nadie, cuando se está totalmente sólo y se sabe que se toma una decisión que nadie le quitará a uno, de la que habrá que responder para siempre y eternamente? ¿Hemos intentado alguna vez amar a Dios cuando no nos empujaba una ola de entusiasmo sentimental, cuando uno no puede confundirse con Dios ni confundir con Dios el propio empuje vital, cuando parece que uno va a morir de ese amor, cuando ese amor parece como la muerte y la absoluta negación, cuando parece que se grita en el vacío y en lo totalmente inaudito, como un salto terrible hacia lo sin fondo, cuando todo parece

convertirse en inasible y aparentemente absurdo? ¿Hemos cumplido un deber alguna vez, cuando aparentemente sólo se podía cumplir con el sentimiento abrasador de negarse y aniquilarse a sí mismo, cuando aparentemente sólo se podía cumplir haciendo una tontería que nadie le agradece a uno? ¿Hemos sido alguna vez buenos para con un hombre cuando no respondía ningún eco de agradecimiento ni de comprensión, y sin que fuéramos recompensados tampoco con el sentimiento de haber sido "desinteresados", decentes, etc?

Busquemos nosotros mismos en esas experiencias de nuestra vida, indagemos las propias experiencias en que nos ha ocurrido algo así. Si las encontramos, es que hemos tenido la experiencia del espíritu a que nos referimos."

Aquí tenemos la gracia de Dios actuando en nosotros. Podemos experimentar la gracia en nuestra propia donación. Cuando nuestra forma de vivir, de actuar, de ser, es análoga a la de Dios manifestada en Jesús. En el fondo, la experiencia de la gracia es la experiencia del amor desinteresado.

A mi me gusta decir que el Espíritu Santo está presente allá donde se dan tres cosas: alegría, comunicación entre distintos y servicio. Allá donde se den estas cosas el Espíritu Santo, o la gracia de Dios, como prefieran, está presente. Y, al revés, si falla alguna de las tres es difícil pensar que se encuentra allí el Espíritu de Dios. Esa es una de las dimensiones del mensaje de Pentecostés: "Partos, medos, y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y los distritos de Libia junto a Cirene, romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestra propia lengua las grandes obras de Dios" (Hech. 2,9-11). Gentes distintas, de mentalidades, opiniones e ideologías distintas se entienden. Donde hay comunicación entre distintos, no sólo entre los del mismo partido o de la misma facción, sino entre los de partidos distintos, servicio desinteresado, y todo ello vivido con gozo, allí está sin duda el Espíritu Santo.

La gracia es, pues, experimentable. No se puede experimentar como se experimenta un objeto, no se puede medir, contar, o pesar, porque no es una cosa sino la vida de Dios dentro de nosotros. Esa vida es comunicación y donación. La gracia se puede experimentar, pues, donde hay comunicación y donación. La gracia es la amistad con Dios. Por eso se puede experimentar, pero como se experimenta la amistad.

Con frecuencia tenemos la sensación de que la buena acción merece un premio extrínseco a la actuación. Esto es falso. La acción buena ya es buena y ese es su mayor premio. La acción buena no necesita ser premiada con otra cosa. Muchos de ustedes conocerán el soneto a Jesús Crucificado de nuestros clásicos. Es un soneto anónimo que se ha atribuido muchas veces a todos nuestros místicos. Pues bien en él se da una percepción verdaderamente cristiana de lo que es la gracia, la correspondencia a la gracia, el mérito y el premio. ¡El autor había renunciado a las relaciones comerciales con Dios! En el fondo sólo quien pueda rezar este soneto con verdad es cristiano.

"No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera".

El hombre que actúa bien por conseguir el cielo o no actúa mal por temor del infierno está planteando sus relaciones con Dios de esa manera que hemos llamado: comercial. La forma correcta de plantear las relaciones con Dios es lo que dice el soneto. "No me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera". Nuestra buena actuación es buena incluso aunque no haya cielo.